



RITA IGLESIAS

Mandala

Un viaje hacia el universo de las palabras

EL GUARDIÁN LITERARIO

RITA IGLESIAS

Mandala

Un viaje hacia el universo de las palabras



EL GUARDIÁN LITERARIO

Índice

PRIMERA PARTE

<i>Capítulo 1: La hija, Mora</i>	13
<i>Capítulo 2: La madre, Flora</i>	20
<i>Capítulo 3: Odette</i>	29
<i>Capítulo 4: La biblioteca</i>	33
<i>Capítulo 5: Jorge</i>	46

SEGUNDA PARTE

<i>Capítulo 6: El hospital</i>	59
<i>Sociedad Anónima</i>	
Dos espíritus.....	66
La cieguera.....	69
El remedio.....	71
Otitis.....	75
El enfermero.....	78
<i>Capítulo 7: La escuela</i>	82
<i>Sociedad Anónima</i>	
Jardín público.....	89
Alma mater.....	92
Muñeca.....	94
La desmemoriada.....	97

Capítulo 8: La iglesia.....101

Sociedad Anónima

Beneficencia.....104

356 perlas de Cubagua.....108

La doncella de Orléans.....110

Capítulo 9: El matrimonio.....112

Sociedad Anónima

Amor de mujeres.....117

Amor de madre.....118

Amor al cuerpo.....122

Amor en el espacio público.....129

TERCERA PARTE

Capítulo 10-1: Flora Isabel.....135

Capítulo 10-2: Escribir la E.....145

Capítulo 11-1: La lectora.....146

Capítulo 11-2: Lector.....150

Capítulo 12-1: La escritora - Ada.....151

Capítulo 12-2: Outlander.....157

EPÍLOGO.....161

Margaritas.....166

Cosas escritas por otros.....167

Restos.....171

Nota final.....181

“Escribir es dibujar mi mandala y a la vez recorrerlo, inventar una purificación purificándose; tarea de pobre shamán blanco con calzoncillos de nylon.”

*Rayuela, **Julio Cortázar.***

“Los libros se encarnan. Las palabras se entretajan con nuestro cerebro y nuestras vísceras, nuestros gestos y nuestros sentimientos. Nos cambian. Los libros y las ideas pueden ser peligrosos, pueden enfermarnos o enloquecernos, y pueden proporcionar formas de salvación, una vía de escape del dolor.”

Siri Hustvedt

PRIMERA PARTE



Capítulo 1: La hija, Mora

“Julie Le Brun mirando en un espejo.”

Elisabeth L Vigée Le Brun

Hoy me llamaron del hospital donde está internada mi madre (no saben que estoy a miles de kilómetros de distancia), para decirme lo que ella ya me había anticipado en sueños: “No hace falta que tome toda esa batería de remedios, ya no siento los huesos triturados, camino perfecto, ¡me siento viva!... después de todo, no es tan malo estar muerta”.

Este año mi madre habría cumplido 80. Miro sus fotografías, especialmente esta, que ostenta con deterioro la misma edad que poseo yo ahora.

Mi madre casi siempre se vestía con ropa a rayas de colores tristes. No en esta foto, que parece tener un vestido que no le pertenece por las flores y por lo lindo que le queda. Gira el ruedo y el cabello, que en la foto es una ráfaga de movimiento que no la define pero le da una vitalidad que nunca tuvo.

Pintar a mi madre no me fue fácil. Hoy la veo en las fotografías. La busqué siempre. El gesto, el tinte que me dé una pista más allá de mis lejanas visiones de niñez y esos enchastres de mis inicios sobre nuestra vida juntos los cinco.

Hace un tiempo encontré dos bocetos de mi madre que hice en mi juventud. En uno, el fondo es negro como el color de los azulejos del baño, encima apliqué (con cierta ira recuerdo) una exuberante cantidad de acrílico marrón, tanto que se agrietó como tierra reseca, la mancha reposa sobre un inodoro blanco que recorté de una revista promocional del galpón de construcción donde trabajaba (nueve horas diarias). En el otro boceto, hay un pedazo de chocolate y una vainilla saliendo de un florero. Lo hice en pastel diez años después de un hecho que aún recuerdo y que fue clave para comenzar a entender a mi mamá.

Creo que estaba cansada de nosotros, de mi padre... A mí me observaba de reojo como yo a ella. Sabiéndose ejemplo, pero con la esperanza que no la replicara, y al mismo tiempo buscaba en mí una cómplice, o mejor dicho, esa parte de ella que todavía tenía ilusión de vida. No era la preferida. Por eso, cuando se cortó la luz y nos quedamos a media sombra y yo no tuve mejor idea ante el aburrimiento que reprocharle no sé qué cosa, ese día mi madre comenzó a ser otra, si hasta le cambió el color de la piel y ella por su parte se ocupó de cambiar el gris de sus canas por un vainilla cálido.

A partir de entonces empecé a detenerme en mi mamá, y a pintarla con más definición. Aunque verdaderamente la entendería a fuerza de vivir.

Todas las mañanas en la cocina, que también era comedor, que también era dormitorio, alrededor de una

mesa, mis padres, mis hermanos y yo solíamos desayunar al lado de un sofá cama deshecho. Hablábamos todos juntos, en simultáneo mis hermanos empezaban y continuaban con una pregunta olvidada, y un comentario a medias, y con una interrupción de gritos y malas palabras. Mi mamá se retiraba en silencio, al baño, hasta que mi hermano menor descubría la huida y la seguía. Apoyado sobre el marco de la puerta, con su pequeña pierna cruzada a la manera de un cuatro, se dedicaba a mirar impunemente sin espiar y a preguntarle sobre las costumbres del *toilette* que tanto mi madre como yo hacíamos sentadas. Para terminar de rematar con una pregunta, “¿Por qué sos mujer?”; yo también se la hubiera hecho de haber podido, creo que Leo, mi hermano mayor era el único que sabía la respuesta. En momentos como esos, sé que nosotros le dábamos miedo. Mi madre ya había pasado por todos los estadios del enojo frente interrupciones de ese tipo. Se sentía tal estaba: sobre un inodoro, con los calzones en los tobillos y sus pelos disparados, recién levantada a disposición de un niño. Hubiese querido gritar, lo sé, lo podía escuchar. Luego, se miraba al espejo para confirmar todo aquello y se arreglaba cubriéndose con un poco de maquillaje. Finalmente nos llevaba al colegio caminando, nos despedía con un beso rápido y después regresaba a casa para tomar el carrito de los mandados que acomodaba al lado de la heladera y salía de nuevo, dejando la casa en completo silencio. Ese que aparecía mágicamente cuando nosotros no estábamos en ninguna parte de esa

casa que era tan pequeña que los ruidos se multiplicaban y se esparcían a toda hora y con variaciones.

Así que cada mañana cuando salía por el barrio a hacer la compra del día, el silencio iba con ella, pero el ruido ya era ajeno. Llevaba el chango no porque comprara muchas cosas (el dinero siempre era un problema por escaso) sino para preservar su columna que no resistía el mínimo peso sin aquejar dolor.

Más tarde, alrededor de las seis, después de ayudarnos con la tarea escolar, cerca de la ventana de la cocina y aprovechando lo que quedaba del sol, mi mamá se dedicaba a coser. Era modista desde el primer recuerdo. Ya su abuela paterna, una planchadora de *Fray Bentos*, acercó a su madre a la ropa de los otros. Una planchaba y otra cosía. Un trabajo que le fue dado a la mía como el idioma, la religión, o la sangre (se da, se toma, se agradece y no se discute, aunque a la segunda se atrevió a escupirla). A mí, me dejó el desprecio de estar construida desde la explotación de mis ancestras: las quemaduras de mi bisabuela, las albas de mi abuela, los cayos de mi madre... sus pinchazos, sus cortes... su ceguera a largo plazo. Les debo la lucha, pero no la quiero. Ser, ¿mujer? y ¿libre?, esa es mi conquista, salir de la duda, la mía.

Mi mamá desde pequeña se ocupaba de remendar, confeccionar algún que otro vestido y arreglar ropa, primero para ayudar a su madre, después para ayudar a su marido. Se conformaba creyendo en que era una ayuda obligatoria y que podría ser peor por obra de la fortuna. Le gustaba la idea de reparar las vestiduras y la gente

viéndose más linda campaneando los vuelos de un vestido que ella misma había confeccionado.

Por la noche, mi mamá nos preparaba la cena antes de que llegue mi padre. Finalmente llegaba y su saludo al entrar se perdía entre el ruido de la televisión, los gritos nuestros y el choque de cacerolas y platos en la cocina. “¡Bajen!”, y el aparato podía estar tiempo largo con las voces de los dibujitos en el mismo volumen hasta que se daba la misma orden. “¡A la mesa!”, y nosotros podíamos estar tirados en el sillón por otro tiempo largo hasta que se volvía a hacer el mismo llamado. Nunca escuchábamos, pero si gritábamos y peleábamos. Pasado los treinta minutos, una vez en la mesa los cinco, se sumaban los chillidos y el alboroto de la omnipresente televisión. Por efecto, la conversación se diluía, ellos y nosotros también.

Después los comensales abandonábamos la mesa de a uno, primero nosotros en busca de la tele en el cuarto de mis padres, unos minutos más tarde mi padre nos echaba de allí, y por último mi madre al terminar el lavado de platos nos espantaba como moscas con el repasador en la mano. No recuerdo a mis padres conversar, más allá de algún comentario sobre la economía del hogar cuando hacían cálculos después de la cena intentando entender las privaciones forzosas que veníamos sufriendo desde hacía cuatro años: “Todo está muy flojo, Jorge, poco trabajo, ya nadie gasta en arreglar las pilchas, las dejan como están. ¡Ni hablar de mandarse a hacer ropa nueva! No da la guita ¡Ya ni los cumpleaños de 15 festejan!”.

Más allá de esas conversaciones que ocurrían una vez al mes porque la plata siempre era una cuestión, los temas se habían vuelto cada vez más difíciles de hallar, supongo que después de estar casados un poco más de diez años había que tener una creatividad que ninguno de los dos poseía. Además no podían, la interrupción había tomado la casa de manera invisible pero patente. Se habían rendido de vivir en ese caos. A veces, mi papá miraba la televisión sin poder escuchar, o se refugiaba por largos minutos en el celular, y otras cantaba con la fuerza de un Fígaro desafinado y rivalizando con el ruido (la mayoría del tiempo producto de nosotros) e imponiendo su “voz cantante”. Al menos mi padre podía imponer la voz, mi mamá se escondía en el silencio impotente.

Esos minutos posteriores a que nosotros nos levantábamos disparados de la mesa, el matrimonio se quedaba solo, pero ya era tarde. Un televisor: muchas personas hablando de un robo, de lo cara que estaba la canasta familiar y de lo alto que estaba el dólar. La realidad completa y a medias.

Papá hacía todo tipo de changas, podían consistir desde hacer un piso hasta cortar un césped. A partir de las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde, de lunes a sábado, el trabajo se hacía, se buscaba o se inventaba. Así que una vez en casa la velocidad de los minutos era alta: lavarse un poco, cenar rápido e ir a dormir para volver a comenzar el ciclo al día siguiente. Por supuesto, mi mamá haciéndose cargo del resto, de lunes a lunes, las 24 horas.

Mamá cosía hasta muy tarde, hasta que la vista se le nublaba y no tenía otro remedio que sacarse los anteojos vencidos. Los mismos que se había comprado hacía doce años, los segundos pares de anteojos de su vida. Nunca tuvo anteojos que le gustaran, debía conformarse con el marco más barato: deslucidos, opacos, fuera de moda. Algunas veces, tomaba de entre la cantidad de ropa, algo que le atraía y se lo probaba y se miraba al espejo entre la niebla cansada de sus ojos. Y seguramente soñaba... pensaba en su día, en cómo podrían ser sus noches, o en cómo fabricar más vida lejos del aquel hastío.

No recuerdo a mi madre haberla visto tan bonita como en esta fotografía, que aun conservo y miro con coraje y vino el día de mi cumpleaños número 37 y el día de su muerte.

Capítulo 2: La madre, Flora

“El espejo Psiqué.”

Berthe Morisot

20

RITA IGLESIAS

Diez años después, Flora había de recordar con ternura aquella noche de insomnio en la que comenzó con los ojos cerrados a jugar con manchas, puntos, revolviendo sus ojos bajo los párpados. A partir de entonces, se pasaba las noches en las que el sueño no la visitaba, imaginando formas, mundos, historias (si hasta se inventó ella misma en otra versión).

Luego por las mañanas (aunque el sol brillara fuerte en medio del cielo limpio de nubes) se sentía un poco alejada de todo aquello como si optara un poco por olvido y otro tanto por querencia que esos momentos de invención no pertenecían a la realidad ya que quien los creaba (ella misma) no era de este mundo, ni de este tiempo.

Se podía ver tan claramente cada vez que Flora revolvía el café con leche del desayuno: el vacío, el agujero ametrallado que dispara en la superficie y gracias a las turbulencias de su serpenteo llega a lo más profundo del origen y del piso.

Para Flora la vida cobraba algún tipo de estallido casi pasmoso cuando veía a “la mujer”. La miraba

sigilosamente a través del vidrio de la confitería, sentada en una de las mesas tomando una infusión en hebras. La observaba con detenimiento entre el disimulo. Le hubiera gustado sacar una foto de haber podido. Reposaba junto a la mujer, como perro fiel, un libro, invariablemente el mismo, de una tal Ada San Martín, que portaba un señalador en las primeras páginas o a veces migraba de la tapa a la contratapa misteriosamente. “¿Lo leerá en un día? ¿Siempre el mismo libro?”. Flora no se ocupaba en pergeñar las respuestas, llamaba más su interés las uñas pintadas a la francesa, sus labios rojo furioso, su cabello batido que hacía de sus pocos pelos una peluca esponjosa, sus *stilettos* negros y las piernas enfundadas en medias de *nylon*. Si hasta le parecía sentir el perfume atravesando el vidrio, el que seguramente “le habían traído los hijos de Europa o ella misma” en uno de sus numerosos viajes. Junto al libro descansaba una pequeña cartera con herrajes dorados *LW*.

“¡Qué cartera tan hermosa!”, pensó Flora sin notar la letra chica que enunciaba una “*Luca Wuipon*”. Inmediatamente recordó aquel traje que había visto calzado a la perfección en un hombre que pavoneaba su elegancia caminando por la avenida Coronel Díaz. Aquella vez, Flora la caminó casi de punta a punta porque se había bajado mal del colectivo, y así sin buscarlo, al costado del parque Las Heras, el traje azul tornasol. Apenas se fruncía a cada paso que daba su dueño. Ese traje no podía tener otros pasos que no fueran meditados para

que el brillo del tornasol pudiera apreciarse con sus destellos y luciera como tal, resplandeciente. Lo coronaba un cabello difuminado en blanco. Lo transportaba unos zapatos claros color suela, tan claros como la cabritilla recién estrenada. Por supuesto hacían una combinación exquisita con el centelleo cálido del azul tornasolado del traje, el cielo y el sol. Hasta que Flora se quitó los anteojos y para su sorpresa el uniforme se volvió azul, o para mejor decir, nunca dejó de serlo.

Así que desde entonces se levantaba los anteojos de sol por encima de su nariz y miraba con cierto temor de que se desvaneciera el hechizo. ¡Pero no!, allí seguía estando, tan esplendorosa como siempre la señora, por detrás y por delante de las gafas de Flora. *Odette* representaba todo el pasado glorioso del barrio *Versailles*. Se rumoreaba que había nacido en París. Tenía fama de buena clienta y los vecinos la miraban con veneración. Cargada con las fantasías de quienes la observan, “nuestra señora de Villa Real” era viuda y supo tener hace muchos años una familia. A pesar de estar sola no se había echado al abandono, solo bastaba con verla. Hacía *tours* que duraban meses por cualquier rincón del mundo. Compraba mucha ropa en el exterior, por eso ya no compraba ropa en el barrio, sino que mandaba arreglar aquella que le gustaba y quería conservar, eso sí “le quitaba las etiquetas para no andar mandándose la parte”, decía Flora mientras componía alguna de sus prendas.

¡Si hasta ciega Flora habría podido reconocerla con solo advertir su perfume! Esa emanación dulzona y

fuerte que podía llamar su atención a muchos metros de distancia. Sí, allí estaba, ingresando a la iglesia, “seguramente para pedir por sus nietos”, o entrando a la panadería, “para llevar tortas rellenas de crema cubiertas de frutillas, o esas masas de chocolate con avellanas en la punta... Compra esas delicias para la hora del té porque la señora no toma mate, no, no...”; o estando en la mercería, “para comprar seguramente brocado, *paillette*, o lentejuelas para sus vestidos... La señora tendrá tantas fiestas”. Siempre que la veía, Flora no la saludaba, se volvía invisible, un poco por vergüenza, un poco por costumbre. En cambio, *Odette* era percibida por todos, en cualquier lugar y momento. Generalmente, los fines de semana, las ventanas de su casa soltaban tonos de la *chanson française*, “así sentirá a su familia más cerca, pobre señora”. Si ese barrio porteño de clase media, en el límite con el conurbano, hubiera tenido reina, con toda seguridad habría sido *Odette*.

Después de observarla y recrearla a través del vidrio, Flora se frunció en su propio abrigo, se calzó correctamente los anteojos de sol que se autoproclamaban *Dion* y siguió camino. No podía resistir el frío, ella tan amante de los veranos en la ciudad aunque fueran entre el aire caliente que soplabá el ventilador ruidoso y los cortes de agua.

En esas noches, Flora se iba a dormir entusiasmada después de haber visto “el espectáculo” del día. Encendía la estufa eléctrica un rato y se metía en la cama de un salto.

—No sé cómo vamos a pagar la luz... ¿Y el agua?
—se escuchaba la voz de Jorge bajo las frazadas.

—En cuotas y listo. Monito, no puedo entrar con la señal de la vecina de al lado.

—Probá con la de en frente, poné “rulo 31” en minúscula.

—¡Ahí va...!

—Tirá la patita —le decía Jorge al mismo tiempo que se zambullía de un brinco en otra posición para dormir.

Y así, con las piernas enroscadas, él roncaba, y ella miraba las redes en el teléfono. Esa noche se detuvo en un escrito anónimo, “La indignada”. Clicó el ícono del pulgar en alto. Flora se identificó con la turista. Se perdía fácilmente, las calles aledañas a su cuadra no las recordaba, y todavía andaba con una *guía T* muy vieja cada vez que viajaba aunque fuera a diez cuadras de su casa. Pero también quería ser la turista para “viajar afuera, lejos, muy lejos en un avión”, y quería, claro, tener la valentía del que protesta, “con lo mal que están las cosas”. Definitivamente no se veía en la mujer que daba consejos.

Se levantó como resorte de la cama y fue en busca del vestido de *Odette* que tenía para arreglar. Siempre la ropa de la señora era la última en entregar porque era el traje mágico que Flora se probaba cada noche, como su hijo se disfrazaba del Hombre Araña cada tarde y creía convertirse en un ser de otro mundo. Mirándose al espejo, recordó la visión de aquella tarde, las uñas brillantes, el pelo platinado, la cartera... el libro:

“¡Qué raro! El mismo siempre... ¿Tendrá un secreto ahí? No se explica sino... Pero si cuando yo leo una revista de morondanga saco algo, la ropa que se usa, como se combinan los colores... ¿Por qué un libro no le va a dar una lista de secretos? Una manera de ser, de pensar, de moverse, de hablar... si no, no se explica, ¡si la señora parece que viene de otro planeta, parece irreal! ¿Y si lo leyera yo? A lo mejor, ¿quién te dice?... Mañana voy a ver si lo consigo. Ay, pero ¿con qué plata? Bueh... si no, me doy una vuelteita por la biblioteca...”

Un resuello de Jorge la sacó de la ensoñación. Sonrió y se fue a dormir sin ser consciente que comenzaba a aburrirse de mirar trapos y le brotaba la necesidad de observar, de detenerse en otros detalles de la gente, aquellos que le daban vida a la ropa. Le surgía el intento de descubrir el origen del movimiento, los hilos de la marioneta, la voz del ventrílocuo, la magia donde nacía la belleza. Flora no podía haber puesto en ideas ni en palabras eso que hacía bello a un individuo, pero podría identificarlo, más tarde, como quien señala una estrella hermosa a puro instinto.

Una mañana, camino a la verdulería una mujer que la precedía iba cargada: bolsas y bolsones repletos que la hacían caminar con dificultad. La mujer parecía llevarlos como se llevan la culpa: a la rastra. “Un carro, una hermana, un hijo fuerte... ¿qué necesidad?”. Le pareció una mujer de unos 50 años derrumbada por lo que negaba con ese pelo falsamente renegrido. Luego parada

en el cordón de la vereda a la espera de que cambie el semáforo, Flora vio pasar un colectivo que expulsaba ramilletes de personas por todos sus huecos y se detuvo en otra mujer sentada en el último de los asientos con un niño pequeño parado entre sus piernas. El sol le daba de refilón sin brillar sobre el pelo opaco, las crines de plástico del unicornio de juguete de Leo, eso parecía. A Flora le asaltó un sentimiento de desesperanza: aquella muchacha era una versión inmejorable y añeja, a pesar de su juventud, le pareció que era a su pesar una madre... lo que no quería ser pero fue.

Esa noche frente al espejo, mientras el resto dormía, una vez más, Flora llegaba a conclusiones definitivas:

“¡Qué linda! Ahora sí parezco una mujer. ¡Qué hermoso vestido! ¿Cuándo podré tener un vestido así? Estoy cansada de coser, de trabajar... ¿para qué? ¡¿para ser libre?! Como Jorge?! o como Leticia que se mata, sola, con una nena, pagando un alquiler —suspira—... ¡No sé cómo carajo se las arregla! ¿Eso es ser independiente y libre? Libre del marido, pobrecita. Eso sí. Si las mujeres están cagadas. Morita ya lo sabe... ese dibujito del inodoro. No irse de vacaciones, no tener nunca un mango. Si tuviera... si tuviera me haría mis propios vestidos y a otras mujeres, claro, pero no a todas, a las que necesitan de mis vestidos, como la mujer de hoy y la chica del colectivo. Coser, lo que se hereda no se roba, ¿qué podría hacer sino...? ¡Qué buena calidad el género!, el largo es perfecto, ¡qué bien me queda con el pelo recogido! me hace elegante. ¿Por qué cargaría

sola algo tan pesado? ¡Ay, cómo se me notan las canas! Con lo que cobre de estos arreglos me voy a hacer la tintura, se me notan mucho, al final Morita tiene razón, siempre ando hecha una crota. Miedo a usar, a gastar... como a esos anteojos caros que me regaló Jorge, ¡qué boluda, cómo los vine a perder! Son pocas, igual —dice resignada acercando su mollera al espejo—. La chica esa sin una arrugas... con el pelito tan sucio, con un chiquito como ella tan joven, ¡con un chiquito! Lo peor de todo es que Mora ni piensa un minuto porque ando así, ni me mira. ¡Las arrugas! —se pega nuevamente al espejo—, si hubiera tenido una alegría con Jorge estaría regada —sonríe—, si parece una lija, no tengo crema, mañana me paso un poco de limón y listo, compro de paso cuando dejo a los chicos en la escuela. ¡Ay, le tengo que comprar a Icareo el mapa! ¡Cómo me vine a olvidar! Mejor así —amontona sus pechos hacia arriba— ¡Cuándo les daba la teta...! están caídas, eh ¿por qué se me vino todo tan abajo? ¿Por qué todo tan caro? Ahora no se puede, no puedo nada. ¡Cómo se me cae el pelo! ¿mis pelos!? los barro antes que los barra Jorge a las puteadas... ¡como si me gustara quedarme pelada! Mi única hija mujer, duele, no importa lo que haga siempre va a reclamarme aquello que no me sobra, que no sé, que no tengo... Sueños, si no tengo objetivos por más que me pinte el pelo de violeta voy a ser vieja y me voy a ver vieja a los 37 a los 50 o a los 60 —Flora se mira una vez más la mollera en el espejo y descubre en el reflejo dos cosas: la planta que está seca y un vestido guardándole

las espaldas. Gira la cabeza al ropaje apilado y entre el celaje de sus ojos es indudable la selección de uno—. Este, este sí que es un vestido... parece que floto entre las flores de la estampa —y el disfraz le basta para olvidar el dinero incalculable que *Odette* le debía por su trabajo, ni siquiera recuerda que le haya pagado algún arreglo, tampoco le importa—... no es de acá, ¡ah, sí!... ¿Este negocio no es de Avellaneda? ¡Qué raro! pero no parece de acá, ¡el vuelo que tiene!, igual, aunque la mona se vista de seda... a mí no me queda igual que a la Señora, ¡ni parecido! Tiene una hilachita —la tira— ¡Uy, está rajado! Está roto... ¡¿Lo rompí?!”



Capítulo 3: Odette

“Fotografía de Marcel Marceau.”

Vasco Szinetar

Esa noche, como todas, *Odette* se sentó frente al tocador, entre las sombras y las tres luces del espejo que todavía funcionaban, lo suficiente para verse en detalle mientras se sacaba las capas de maquillaje vencido.

Se miró por un buen rato. Los gestos recalcados por el mismo crayón negro hacían ver sus cejas, ojos y boca como los de una actriz de cine mudo. Pero allí, frente a ese espejo (cubierto de manchas ocre) ya no había motivo para seguir maquillada. Ante las luces frías que circundaban el espejo, el maquillaje se veía espeso y ajado, como el barro que quedaba en las calles al día siguiente de una tormenta a la salida de su casa de la infancia, allá en el conurbano bien profundo, donde siempre llegaron las promesas, las inundaciones y las mentiras. Sintió unas incontrolables ganas de llorar, pero las lágrimas se le amontonaron en los ojos y ahí se quedaron. Se dispuso con un trapo caliente a quitarse el pastuque: su escudo de armas de la reina que no fue. Primero el lado izquierdo, desde la frente hasta el cuello, con lentitud se pasaba el paño, una toalla vieja y rota que terminaba negra.

Repetía una vez más sobre el lado derecho. Franjas grises y blancas componían su rostro a medio maquillar. Y aparecía María Odelia Gómez de piel pálida manchada, de piel seca arrugada y de ojos pequeños sin pestañas. La jubilada con la mínima de ama de casa, la que tenía tres nietos que aún no conocía, la que tenía dos hijos que vivían en Europa desde la crisis del 2001. La que vivía completamente sola desde que su marido se había ido con la empleada doméstica, y sus hijos poco tiempo antes habían aprovechado el impulso de la ruina nacional para marcharse de la disfuncionalidad familiar.

En la soledad, Odelia no tenía más remedio que enfrentarse a sus fantasmas que volvían cada madrugada como olas enormes de las cuales salía viva escupiendo sal seca o flotando en un mar negro.

“¿Qué te pasó Roberto? ¿Dónde estás? Seguramente revolcándote con esa paraguaya, ¡choriplanera!, con la cantidad de ropa que yo le daba de los chicos, ¡mía!, ¡venir a pagarme así! ¿Y dónde lo va a usar? ... ¡¿en medio de la selva?! Todo tuvo y ¡gratis!, yo como una estúpida...trabajo, ropa, plata y hasta macho... Los negros son así: traicioneros y yo que me tenía que aguantar su mugre, su brutalidad, ¡puta y sucia! ¿En qué catre de india te revolcás con mi marido? Si hasta la costumbre de escuchar cumbia me dejó la muy negra de mierda...”

Y eso hacía, escuchaba cumbia paraguaya en sus auriculares mientras se inventaba algo para hacer y dejaba escapar por la ventana a viva voz, a *Edith Piaff*. Así transcurrían todos los días y noches de Odelia, expectorando

el odio, simulando que limpiaba la casa que se había vuelto más negra, casi azul por el frío, y a pesar de eso, ella la transitaba desnuda igual de morada, igual de gélida. Extrañaba a Roberto, sucumbido por los favores de Elvira quien había servido a la casa por veinte años. Y les deseaba la peor de las muertes a ambos porque de este modo le daba algún significado a su vida.

Así como su nombre lo desperdigaba en otro idioma, con su historia y su familia pasaba lo mismo. Para el barrio ella era la señora *Odette* a secas, sin apellido, porque ella misma se ocupaba de confabular que era de difícil pronunciación para que pudieran entenderlo. Para el barrio, sus hijos habían ido a Europa en búsqueda de sus ancestros y el éxito casi congénito. Para el barrio Elvira, la paraguaya, se había vuelto a sus pagos. Para el barrio ella misma hacía largos viajes por el mundo y se compraba todo, absolutamente todo en el exterior. Para el barrio ella vivía en un perpetuo período de bonanza.

Pero ahí, frente al espejo, para ella, no tenía otra opción que enfrentarse a lo que veía: la escasez en la que vivía miserablemente hacía cuatro años. Ya no había viajes a *Miami*, sino que se encerraba por largos períodos con una batería de artículos imperecederos, en esa tumba oscura y húmeda en la que se había vuelto la casa. Y ese exilio íntimo solo le daba placer por el hecho de que los vecinos pensarán en que ella estaba disfrutando en algún lugar maravilloso del mundo. Le dio cierto alivio descubrir frente al espejo que podía estar por algunas semanas sin maquillarse. Se había encargado de

desperdigar por el barrio que haría un crucero largo, eso para Odelia Gómez significaba semanas de reclusión, el precio que debía pagar la pobre para que *Odette* fuera libre.

Luego sin cosmética ya, cenaba un té en saquito con las tres fugacitas que había comprado a la mañana en la panadería. “Cría cuervos... Seguro están pidiendo de comer en la calle, ¡pavadas! ¡como si ellos pensarán en mí! Lo que tengo que hacer es llamar a Eusebio, eso tengo que hacer, y decirle que me cuelgue del cable, así miro un poco de tele y me dejo de pensar. Ah, y de paso que pinte el frente ¿Cuánto me puede cobrar?... Le hago un favor y listo”.

Odelia despedía el día echada en la cama mirando el techo, desnuda y sin frío, a pesar de que hacía prácticamente un año que le habían cortado el gas. Apagó las tres bombillas del espejo. La oscuridad era casi total, el alumbrado exterior llegaba con la debilidad de la luz de una vela; aun así, el cuerpo tendido y espectral de Odelia se podía ver reflejado en el espejo con toda claridad, alrededor la abundancia de grises y negros la resaltaban, como si la refulgencia supiera que es una mujer que imita lo inexistente y le dejara reservado bajo su haz un sarcófago blanco.

